

el tono imperativo que Napoleón sabía darlas, la consternación de la corte fué extrema. El gabinete austriaco no era culpable en aquel caso; no tuvo parte en la perfidia de un agente inferior que obró contra las órdenes que se le habían dado y sin más que por creer que mostrarse desleal para con los franceses sería muy del agrado de su gobierno; por consiguiente, sin pérdida de tiempo recurrió á la corte de San Petersburgo exponiendo los nuevos peligros en que se volvía á ver el Austria, y diciendo á Alejandro que, resuelto el rey á que por ningún motivo ni bajo ningún pretexto volvieran los franceses á Viena, sentiría se le dejase en la dura necesidad de tener que ir á atacar á los rusos en los fuertes de Cártaro.

El almirante Siniavin, que se había apoderado de la embocadura de Cártaro, había obrado entonces tan de ligero como el mismo marqués de Ghislieri, rindiéndole las fortalezas. Ninguno de esos dos sujetos estaba autorizado para cumplir semejante acto. Alejandro sintió mucho la posición en que de nuevo se había colocado á su aliado al emperador Francisco, sin serle menos desagradable tampoco aquella en que se le ponía á él mismo entre el compromiso de entregar ó mantener. Acometíanle como siempre sus jóvenes amigos con que perseverase en la conducta trazada; estaba receloso de las negociaciones que la Inglaterra había entablado con Napoleón, y aunque esa potencia hubiese ya roto el silencio que con él mantuvo en lo que duró su crisis ministerial, desconfiaba no poco de los aliados, y se sentía inclinado á seguir el ejemplo general reconciliándose con la Francia. Por consiguiente no quiso malograr la ocasión con que le convidaban los acontecimientos de Cártaro, que con parecer más bien motivo de guerra que no de paz, inclinó á una negociación pacífica. Alejandro tenía entonces á la mano su antiguo secretario de la legación rusa en París, Mr. de Oubril, cuya conducta había sido del agrado de los dos gobiernos, y que además reunía la ventaja de conocer á fondo la Francia. Ordenóle, pues, que se trasladase inmediatamente á Viena, y que allí pidiese sus pasaportes para París. El pretexto ostensible había de ser el rescate de los prisioneros rusos; pero la verdadera misión consistía en tratar de la ocupación de Cártaro, y comprenderla en el arreglo general de todas cuantas gestiones estaban pendientes entre ambos imperios. Mr. de Oubril venía con orden de retardar cuanto posible fuera la restitución de Cártaro, pero restituirla inmediatamente, siempre que no pareciera ningún otro medio para detener el rompimiento de las hostilidades contra el Austria, y sobre todo había de esmerarse en tratar de alcanzar un ajuste de paz honrosa entre la Rusia y la Francia. Se tendría por honrosa, decía el gabinete ruso, siempre que se obtuviera alguna concesión, no importaba de cuál especie, en favor de los dos ahijados ordinarios de aquella corte, los reyes de Nápoles y del Piamonte; pues por lo demás, ninguna cosa tenían que disputarse el uno al otro los dos imperios, ni estaban en guerra sino por pretensiones de preponderancia. Mr. de Oubril no quiso ausentarse de San Petersburgo sin tener una audiencia con su soberano, quedando convencido en ella de que aquel príncipe se sentía mucho más inclinado á la paz que su ministerio, ya entonces en la agonía, y pronto á ofrecer su dimisión. Vino, pues, con poderes de dos categorías; unos limita-

dos, otros amplios y comprensivos de cuantas cuestiones pudieran pedir una solución. Tenía además orden de entenderse con el plenipotenciario inglés por lo que toca á las condiciones de la paz, pero sin exigir una negociación colectiva; circunstancia que de hecho resolvía las dificultades pendientes entre Francia y la Gran-Bretaña.

Salió Mr. de Oubril para Viena, y su presencia en aquella corte fué de mucho consuelo para el emperador Francisco, que temía tener que volver á ver á los franceses en su palacio, ó combatir contra los rusos. Y esa segunda alternativa mucho menos le atormentaba que la primera, puesto que ese príncipe ya había despachado un cuerpo de tropas para Cártaro con orden de auxiliar á los franceses siendo necesario. Mr. de Oubril le tranquilizó mostrándole sus credenciales, é hizo que se reclamaran sus pasaportes por medio del conde Rasomousky, á fin de pasar cuanto antes á París.

Napoleón ordenó que se respondiera inmediata y favorablemente á la demanda de Mr. de Oubril, pero distinguiendo al mismo tiempo el asunto de Cártaro del que podía conducir al arreglo de la paz. La ocupación de Cártaro, se dijo por su orden, no puede ser objeto de negociación ninguna, como que ahí no existe sino uno de los empeños contratados con el Austria, y no cumplido todavía, y empeño en el cual no tenía que ver la Rusia. En cuanto al restablecimiento de la paz, se oírían con sumo gusto las proposiciones de Mr. de Oubril, porque francamente se deseaba el fin de una guerra sin objeto como sin interés para los dos imperios; y desde ese punto de vista se expidieron pasaportes á Viena para Mr. de Oubril.

De suerte que Napoleón veía al Austria rendida y sin recursos después de tres guerras y esforzándose para evitar el rompimiento de nuevas hostilidades con la Francia; á la Rusia fastidiada de una lucha emprendida con demasiada ligereza, y resuelta á no prolongarla; á la Inglaterra satisfecha con sus triunfos marítimos, y en la persuasión de que no convenía exponerse de nuevo al proyecto de una empresa formidable como la de Boloña; á la Prusia, en fin, desacreditada, despreciada de todo el mundo, y en tal estado, todo el mundo suspirando, unos por conservar, otros por alcanzar la paz, bajo condiciones que en verdad aún no estaban claramente definidas, pero que al cabo, fuesen las que fuesen, siempre dejarían la Francia en el rango de primera potencia del universo.

Grande era el contento de Napoleón ante esa tan magnífica situación, que no quisiera él comprometer ni aunque se le convidara con nuevas palmas; pero vastos eran los proyectos que revolvía en su mente, y que creía poder realizar, deduciéndolos natural é inmediatamente del tratado de Presburgo. Suponía él esos proyectos tan previstos por todo el mundo, que con el solo fin de ponerlos en planta sin pérdida de instante, pensaba expresarlos y comprenderlos en los ajustes de paz que iba á concluir con la Rusia y con la Inglaterra. Entonces su imperio saldría constituido y definitivamente reconocido de toda la Europa, tal y tan vasto como la grandeza de su imaginación le había ideado. Y obtenidos que fuesen esos resultados, ya consideraba él la paz como el fin, como la verdadera ratificación de su obra, como el premio de sus afanes y los de su pueblo; en

una palabra, como el colmo de sus más caros deseos. Era, en fin, hombre, como así se hizo que se le dijera á Mr. Fox, y por tanto no podía ser insensible á las delicias de una vida tranquila. Con la poderosa inestabilidad de su alma, tan dispuesto se sentía para el goce de las dulzuras de la paz y de la gloria de las artes útiles, como para correr de nuevo á los campos de batalla y vivaquear entre la nieve y en medio de las filas de sus bayonetas.

Lord Yarmouth había regresado á París con una carta de Mr. Fox, donde decía ese ministro que tenía puesta toda su confianza en aquel enviado y que se le podía hablar sin ninguna reserva. Añadíase en esa carta que se le acreditaría en forma á lord Yarmouth desde el instante mismo en que se concibiera la esperanza fundada de un acomodo entre las dos naciones. Con vista de eso, Talleyrand puso en conocimiento de Yarmouth las comunicaciones seguidas con la Rusia, probando de esa suerte lo inútil de la insistencia en una negociación colectiva, toda vez que la misma Rusia consentía en negociar separadamente. En cuanto á la pretensión de la Inglaterra, reducida á no consentir en que se la excluyera de los negocios del continente, Talleyrand ofreció á lord Yarmouth el reconocimiento oficial de un *derecho igual para las dos potencias en la intervención y garantía de los negocios continentales y marítimos* (1). Así, pues, por sí misma parecía desmoronarse la cuestión de negociación colectiva, y ni las condiciones de la paz presentaban dificultades invencibles. La Inglaterra quería conservar Malta y el Cabo; hacía presentir el deseo de guardar nuestras factorías de la India, tales como Chandernagor y Pondichery, las islas francesas de Tabago y Santa Lucía, y particularmente la colonia holandesa de Surinam, porque Pondichery no era ya sino un vano resto de nuestro antiguo poder en la India: Tabago y Santa Lucía no valía la pena para haber de motivar una negativa. Por lo que hace á Surinam, la Inglaterra no se mostraba absoluta. En cuanto á nuestras conquistas continentales, mucho más importantes que las conquistas marítimas de la Inglaterra, ninguna objeción presentaba esa potencia; antes nos las concedía todas, sin exceptuar Génova, Venecia, la Dalmacia ni Nápoles. En la Sicilia sola estaba el punto de la dificultad. Lord Yarmouth decía, explicándose confidencialmente, que ya estaban cansados de proteger á esos Borbones de Nápoles, á ese rey imbécil y á esa reina desquiciada; pero que sin embargo, si de hecho les quedaba la Sicilia, una vez que José no la había conquistado aún, menester sería reclamarla para ellos, cuestión al cabo que dependería del resultado de las operaciones militares en actual ejecución. Supuesto que también se les arrebatará la Sicilia, lord Yarmouth añadía que sería preciso procurarles una compensación en cualquiera otra parte. Quedaba tácitamente entendido que en pago de esas diversas concesiones el Hannover había de volver á la Inglaterra; pero ese punto se pasó también en silencio, reservándole para mejor ocasión.

De suerte que, como queda dicho, nada sino la Sicilia ofrecía una dificultad seria, y aun pudiera muy bien allanarse con la conquista inmediata de la isla, y mediante una remuneración, por insignificante que fuera.

(1) Texto del despacho.

(N. del A.)

Se habían despachado los pasaportes para Mr. de Oubril; nada se sabía acerca de sus pretensiones, pero se suponía que no se diferenciarían en mucho de las expuestas por la Inglaterra.

Napoleón veía claramente que con no apresurar las negociaciones y activando al contrario la ejecución de sus proyectos lograría dos objetos, la constitución de su imperio tal como él la deseaba, y el reconocimiento de ese imperio por condición y consecuencia de la paz general. Desde sus principios había preferido Napoleón el título de emperador al de rey, y había concebido un sistema imperial con sus tronos vasallos á la manera del imperio germano, tan raquíto ya que apenas le quedaba más que el nombre, aunque todavía inspirara la tentación de reemplazarle en Europa. Las últimas victorias habían exaltado la imaginación del vencedor de Austerlitz, y nada menos pensaba sino en levantar de nuevo el imperio de Occidente, ceñirse la corona de ese imperio y restablecerle en ventaja de la Francia. Los nuevos reinos vasallos en su mano los tenía, no había más que distribuirlos entre los miembros de la familia Bonaparte. Eugenio de Beauharnais, hijo adoptivo suyo, y ya esposo de una princesa de Baviera, poseía el virreinato de Italia, comprensivo de la mitad más importante de la península itálica, puesto que se extendía desde la Toscana hasta los Alpes Julianos. José, hermano mayor de Napoleón, era el rey designado para Nápoles; con sólo acabar la conquista de la Sicilia, ya quedaba señor de uno de los más hermosos reinos de segundo orden. La Holanda, que se regía muy difícilmente con su forma republicana, estaba bajo la absoluta dependencia de Napoleón, y pensaba poder comprenderla en su sistema, constituyéndola en reino para su hermano Luis.

Así están tres reinos, el de Italia, el de Nápoles y el de Holanda, que habían de quedar bajo la dependencia de su imperio. Tal vez, allá cuando se ponía á dar al sueño de su engrandecimiento un campo más extenso, entonces pensaba en la España y en el Portugal, pueblos que le daban constantemente señales el primero de una hostilidad encubierta y el segundo de una hostilidad patente; pero todo eso lo veía él, como á lo más, lejano del vasto horizonte de su pensamiento. Era menester que la Europa le forzase á sacudir como en Austerlitz un nuevo golpe ruidoso, y entonces se permitiría la entera expulsión de la dinastía Borbónica. No hay duda, sin embargo, que en su idea ya era aquella expulsión sistemática. Desde que vino á pronunciar el destronamiento de los Borbones de Nápoles, comenzó él á considerar la familia Bonaparte como destinada para reemplazar á la casa Borbónica en todos los tronos del Mediodía de la Europa.

En esa vasta jerarquía de Estados vasallos y dependientes del imperio francés, todavía quería Napoleón otros Estados de segundo y de tercer orden, compuestos de señoríos grandes y pequeños y semejantes á los feudos del imperio germano. Ya había constituido en favor de su hermana mayor el ducado de Luca, al cual pensaba añadir el principado de Masa desprendiéndole del reino de Italia. Estaba en el intento de crear otro ducado, el de Guastalla, sacándole igualmente del reino de Italia; y esos dos Estados eran sobrado insignificantes en comparación de la magnífica reunión de los venecianos. Napoleón acababa de obtener de la Prusia el

principado de Neufchatel, Anspach y los restos del ducado de Cleves. Había dado el Anspach á la Baviera en cambio del ducado de Berg, lindo país situado á la derecha del Rin más abajo de Colonia y que comprende la importante plaza de Wésel. Estrasburgo, Maguncia y Wésel, decía Napoleón, son *los tres frenos* del Rin.

Todavía quedaban Parma y Plasencia en la alta Italia, y en el reino de Nápoles, Ponte-Corvo y Benevento, feudos que se disputaban entre Nápoles y el papa, que daba entonces á Napoleón motivos graves de disgusto. Pío VII no había salido de París tan satisfecho como él se hubo propuesto, y si Napoleón le dispensó todo género de atenciones, en cuanto á sacar de él una remuneración territorial fallidas salieron sus esperanzas. A mayor abundamiento, como los franceses habían invadido toda la Italia extendiéndose ya desde los Alpes Julianos hasta el estrecho de Messina, llegó á creer el papa que enteramente quedaba ya entendida la dependencia de los Estados de la Iglesia, cuya circunstancia le desesperaba, y públicamente y por cuantos medios estaban á su alcance reprobaba esa conducta. Hasta se negó á organizar la Iglesia alemana, quedada sin preladados y sin cabildos desde que ocurrieron las secularizaciones. No admitía tampoco ninguno de los arreglos religiosos adoptados para la Italia. Cuando con motivo del matrimonio que Jerónimo Bonaparte había contraído en los Estados Unidos con una protestante Napoleón pretendió la nulidad de ese enlace, el papa opuso una resistencia nada sincera, pero tenaz, usando así de sus armas espirituales, á falta de las temporales. Napoleón hizo que se le dijera que se tenía por dueño y señor de toda la Italia sin exceptuar Roma, donde no sufriría un enemigo oculto; que seguiría el ejemplo de aquellos príncipes que sin ser infieles á la Iglesia habían sabido dominarla; que era para la Iglesia romana un segundo Carlomagno, pues que á él se debía su restablecimiento, y que por tanto, derecho tenía á que se le tratase como á tal. Pero mientras eso se decía, apagaba Napoleón su despecho apoderándose de Ponte-Corvo y Benevento. Ahí está el deplorable preludio de un pique funesto, pique que Napoleón creyó poder fijar dentro de ciertos límites tan en interés del imperio como de la Iglesia.

De suerte que aparte de los varios tronos de que podía ya disponer, todavía tenía Luca, Guastalla, Benevento, Ponte Corvo, Plasencia, Parma, Neufchatel y Berg, cuyos Estados serían distribuidos entre sus hermanas y sus fieles sirvientes, unos con título de principados, otros con el de ducados. Al dar reinos, como Nápoles á José, inmensos Estados como los venecianos á Eugenio, todavía pensaba en crear una veintena de ducados de menos valía, con destino á sus generales, á sus mejores empleados del orden civil, que habían de formar el tercer rango en su jerarquía imperial; recompensas públicas que él guardaba para los hombres á quienes debía el trono, como la Francia les era deudora de su engrandecimiento.

Napoleón, que con ceñirse la corona imperial á sí mismo se había adjudicado el premio de sus maravillosas empresas cumplidas por la generación presente, despertó la codicia de los compañeros de su gloria que aspiraron también á apropiarse el premio de sus esfuerzos. No seguían éstos ya el ejemplo de desprendimiento de

los generales de la república, antes se tomaban en muchas ocasiones lo que no se les daba. Acabábanse de cometer en Italia, y particularmente en los Estados venecianos, exacciones reprobables que Napoleón se puso á reprimir con el mayor rigor. Imponderable fué el esmerado celo con que él inquirió y descubrió el secreto de aquellas exacciones llamando á su presencia á aquellos que las habían cometido, arrancándoles la confesión de los fondos substraídos, y exigiéndoles la restitución inmediata, comenzando por el general en jefe, que se vió en la dura obligación de poner en la caja del ejército una suma inmensa. Pero ya que Napoleón quisiera imponer á sus generales una integridad rigurosa, también pensaba pagar con largueza su heroísmo. «Decidles (así se explicaba Napoleón con Eugenio y con José, entre los cuales estaban los oficiales y empleados públicos cuya conducta acababa de señalarse con aquella nota), decidles que yo les daré á todos ellos mucho más de lo que por sí mismos podrían adquirir; que lo que ellos se apropiaran los había de cubrir de oprobio, mientras que mis dones no pueden dejar de honrarlos siendo el testimonio inmortal de su gloria; que con cobrarse por sí mismos el premio de sus fatigas hacen un grave perjuicio á mis pueblos, y á la Francia objeto de las maldiciones de los vencidos, mientras que lo que yo he de darles como acumulado por mis propias precauciones no llevará el sello de expoliación particular. Que esperen, añadía, y cuenten con que serán ricos y honrados, sin tener que avergonzarse de ninguna extorsión.»

Ahí se ve hasta qué punto iba el fondo de sus concepciones, aunque con apariencia tan vana todas ellas. Estaba, pues, resuelto á procurar á sus generales la satisfacción de los goces que ambicionaban, pero dirigiéndolos á la esperanza de recompensas noble y legítimamente adquiridas. Bajo el consulado, cuando todo iba todavía bajo el traje republicano, Napoleón salió inventando la Legión de Honor. Ahora que todo vestía en torno suyo la forma monárquica, y que de instante en instante iba engrandeciéndose, quería que cada cual fuese haciéndose grande también. Había, pues, resuelto la creación de reyes, de grandes duques, de duques, de condes, etc.; y Mr. de Talleyrand, que continuamente abogaba por esas creaciones, tanto había trabajado con Napoleón para el arreglo de ese punto durante la última campaña, como lo que pudo trabajar en el arreglo de la Europa negociándole en Presburgo. Entraba en el plan de ambos un vasto sistema de vasallaje que comprendiese duques, grandes duques y reyes bajo la soberanía imperial, y habían de poseer no solamente los títulos, sino verdaderos principados, ya en predios, ya en cuantiosas rentas.

Para la más perfecta imitación del imperio germano, los nuevos reyes debían conservar en los tronos en que iban á sentarse, la calidad de dignidades del imperio francés, v. gr., José sería grande elector, Luis condestable, Eugenio archicanciller de Estado, Murat grande almirante, etc., una vez coronados ó hechos grandes duques. Y después dignidades suplentes, como vicecondestable, vicegrande elector, etc., todas ellas tomadas entre los principales personajes del Estado y que habían de ejercer las funciones de sus respectivas encomiendas en ausencia de aquéllos, con lo cual se acrecía el núme-

ro de las recompensas. Los reyes, dignidades del imperio francés, debían pasar sus temporadas en Francia de cuando en cuando, manteniendo al efecto en el Louvre una morada real para su servicio; siendo también cargo suyo el tomar parte en el consejo de la familia imperial, desempeñar en ella ciertos cargos especiales durante la menor edad de sus miembros, y aun elegir emperador, dado el caso de que llegara á extinguirse la línea masculina, como ocurre muchas veces entre las familias reales.

Completa era, pues, la semejanza con el imperio germano, y como este imperio iba desmoronándose por todas partes, y aun corría riesgo de desaparecer enteramente sin más fuerza que un soplo de la voluntad de Napoleón, el imperio francés se encontraba ya con cuanto era necesario para reemplazarle en Europa. El imperio de los franceses podía venir á ser lo que bajo Carlomagno había sido el imperio de Occidente, y aun podía también tomar ese mismo título. Tal era, en efecto, el voto más ferviente de esa inmensa ambición, el único que no realizó y el solo por cuya causa removió todo el orbe, si acaso no lo fué igualmente de su ruina. Talleyrand, que con aconsejar la paz todavía se complacía muchas veces lisonjeando las pasiones que podían conducir á la guerra, descorría con mucha frecuencia aquel cuadro ante Napoleón, con saber cuán profunda era la impresión que producía en su alma aquella tan vasta idea. Cada vez que de eso le hablaba, hasta en la luz de sus ojos veía él el fuego de la ambición, aunque velado por una especie de modestia, como en la víspera del día en que se apoderó del poder supremo, Napoleón no osase confesar toda la extensión de sus deseos. Con el archicanciller Cambaceres era con quien él se franqueaba más abiertamente, porque estaba seguro de una discreción inviolable, y á ese personaje confió sus secretos casi sin rebozo; pero Cambaceres se guardó muy bien de alabarlos, porque el amor con que le servía nunca le hizo salir de su sesuda prudencia. Era, sin embargo, evidente que llegado ya al apogeo de las grandezas humanas, á ese punto que sirvió de límites á la ambición de Alejandro, de César y de Carlomagno, todavía sentía algún deseo el alma inquieta é insaciable de Napoleón, y que ese deseo era el título de emperador de Occidente, título que de mil años á esta parte nadie en el mundo había vuelto á llevar.

Existe entre los pueblos del Mediodía y del Occidente, entre franceses, italianos y españoles, todos hijos de la civilización romana; existe, decimos, una cierta conformidad de genio, de costumbres, de intereses y tal vez de territorio, cual no se descubre á parte allá de la Mancha, del Rin ni de la cordillera de los Alpes, entre los ingleses y alemanes. Esa conformidad es el indicio de una alianza natural que buscó y realizó en parte la casa de Borbón, poniendo bajo su cetro París, Madrid, Nápoles, tal vez Milán, Parma y Florencia. Si eso era lo que Napoleón pretendía; si dueño de la Francia, de aquella Francia cuyos límites están en las embocaduras del Mosa y del Rin y en la cúspide de los Alpes, y señor también de toda la Italia, pudiendo venir á serlo de la España no tardando, no quería sino reconstituir esa alianza de los pueblos de origen latino, dándole la forma simbólica y sublime por sus recuerdos del imperio de Occidente, la naturaleza de las cosas,

aunque forzada, no recibía sin embargo ningún ultraje. Ahí no había sino el reemplazo de la casa de Borbón por la familia Bonaparte para reinar de una manera más completa sobre los vastos países que aquella antigua dinastía aspiró á dominar, y para unirlos por medio de un simple vínculo de homenaje al jefe de la familia, vínculo que dejaba á cada una de las naciones meridionales su independencia, al mismo tiempo que robustecía el útil edificio de su alianza. Con un talento como el de Napoleón, con aplicar á la política igual prudencia á la que él usaba en la guerra, con un reinado de muchos años, quizá no hubiera sido imposible la realización de aquella idea; pero esa naturaleza de las cosas que siempre se venga de los que la desconocen, se veía locamente atropellada desde que Napoleón en su codicia no quiso respetar los límites del Rin, empeñándose en unir los germanos con los galos, en someter los pueblos del Norte á los pueblos del Mediodía, y en colocar príncipes franceses en Alemania, no obstante las invencibles antipatías de los usos; con lo cual no hacía sino poner á vista de todo el mundo la fantasma de esa monarquía universal que la Europa teme y aborrece, que la ha combatido, que hará muy bien en combatirla siempre, aunque posible es que un día haya de sufrirla de mano de los pueblos del Norte, después de haberla rehusado de la de los pueblos de Occidente.

Un encadenamiento de sucesos imprevistos hasta por la desmedida y previsora ambición de Napoleón, aceleraba en aquel momento la disolución del imperio germano, yendo á dejar vacante ese noble título de emperador de Alemania que había suplido entre los sucesores de Carlomagno al título de emperador de Occidente. Esto era un nuevo y fatal estímulo para los proyectos que Napoleón revolvía en su mente, sin atreverse todavía á descubrirlos.

Como concluyera sus últimos pactos con el Austria en la mira de recompensar á sus tres aliados de la Alemania meridional, los príncipes de Baviera, de Wurtemberg y de Baden, poniendo fin á todo motivo de contienda entre ellos, por medio de la solución de ciertas pretensiones que no habían sido resueltas en 1803, Napoleón pronunció, sin siquiera advertirlo, la inmediata disolución del antiguo imperio germano. Instrumento providencial, tal vez involuntario, casi siempre sin saber que lo era, de esa revolución francesa que debía cambiar la faz del mundo, vino á preparar sin pensarlo una de las más grandes reformas europeas.

Presente se tiene sin duda el modo con que en 1803 fué llamada la Francia á mezclarse en el gobierno interior de la Alemania, y cómo los príncipes que vinieron á perder el todo ó parte de sus Estados por la cesión de la orilla izquierda del Rin, resolvieron compensar sus pérdidas por medio de la secularización de los principados eclesiásticos. No pudiendo entenderse en el repartimiento de esos principados, recurrieron á Napoleón, para que la distribución saliese con la equidad que puede esperarse de la voluntad desinteresada unida al poder. La Prusia y el Austria habían recibido de su propia mano los bienes de la Iglesia, sin más que un sentimiento, el de que aquellos bienes no hubieran sido más considerables. La supresión de los principados eclesiásticos hizo indispensable la reforma de los tres colegios que componían la Dieta. No hubo disputas en

cuanto al colegio de los electores; pero surgieron respecto al de los príncipes, pretendiendo el Austria tener mayor número de votos católicos del que se le había concedido. Tampoco hubo tropiezo en cuanto al colegio de las ciudades, reduciendo su número á seis, y derribando así casi toda su influencia; pero nada se determinó acerca de su nueva organización religiosa, tan necesaria ya tras la supresión de una multitud de miras y retardada sin fin por el malquerer del papa. En una palabra, no se había resuelto la grave cuestión de la nobleza inmediata por interesarse en ella toda la aristocracia alemana, y particularmente el Austria, que veía en los miembros de esa nobleza vasallos dependientes del imperio, independientes de los príncipes territoriales y que le prestaban una multitud de servicios, no siendo de los de menos importe el de la quinta autorizada en sus dominios.

Las potencias mediadoras, la Francia y la Rusia, fastidiadas de su tan dilatada mediación y distraídas también de ella por otros acontecimientos más serios, tuvieron que abandonar la Alemania cuando aún no estaba ni medio reformada, y al instante renació la anarquía en aquel país desventurado. El Austria había usurpado las dependencias de los bienes eclesiásticos otorgados por vía de indemnización, so pretexto de un supuesto derecho hacia lo que no tenía dueño, privando con eso á los príncipes indemnizados de una parte muy considerable de lo que les era debido. Esos príncipes por su parte quisieron aprovecharse igualmente de los bienes de la nobleza inmediata, sirviéndose para ello de las ambigüedades de las últimas deliberaciones.

La guerra de 1805, que llevó de nuevo á Napoleón á la parte allá del Rhin, volvió á ofrecer ocasión para que él resolviera las cuestiones indecisas, en favor de los príncipes sus aliados, creando en los países de Baden, de Wurtemberg y de Baviera una especie de disonancia con el resto de la Alemania; sólo que la ambición de esos mismos aliados dió margen á controversias que refluían sobre toda la Alemania. El rey de Wurtemberg, atropellando todos los límites de la moderación, había usurpado las posesiones de la nobleza inmediata, así las vinculadas en esa calidad, como las que no lo estaban. De forma que se arrogó algo más que los derechos de un soberano territorial, y se hizo dueño de una muchedumbre de solares, como si le correspondieran por legítima herencia. Todos esos derechos de origen feudal que el Austria había querido ejercer en Suabia, y cuya latitud era de una arbitrariedad no poco peligrosa, de otros tantos declaróse aquel rey nuevo titular en virtud de ciertos dominios feudales que le cupieron en el desmembramiento de la Suabia austriaca, comenzando á disponer de ellos con un rigor mucho mayor que el que había empleado en su tiempo la misma cancillería austriaca. Las casas de Baden y de Baviera, acosadas por la de Wurtemberg y autorizadas por el ejemplo, cometían los propios excesos en sus respectivas jurisdicciones. Se llevó á tal punto el desprecio del derecho, que hasta se penetró en los principados soberanos comprendidos en el territorio de aquellos tres reyes, con pretexto de secuestrar allí los dominios de la nobleza inmediata, que en ningún caso debían pertenecerles, porque si no debían quedar en manos de los mismos nobles inmediatos, á ningún otro correspon-

dían sino al príncipe soberano, bajo cuya dependencia se hallaban.

Napoleón tenía dada á Mr. Otto, su ministro en Munich, la comisión de arbitramento para arreglar entre Baden, Wurtemberg y la Baviera todas cuantas disputas pudieran nacer del repartimiento del territorio austriaco de la Suabia, poniendo de paso en Berthier el cargo de acallar las pretensiones como jefe de la fuerza ejecutiva. Como de cada vez parecerían mayores las dificultades, Napoleón despachó al general Clarke para que ayudase á esos dos personajes en el deslinde de un caos del cual no acertaban á salir ni los unos ni los otros.

Los príncipes despojados violentamente habían acudido desde luego á Ratisbona; pero los ministros de la Dieta, faltos de energía y de autoridad desde que no podían apoyarse en la de Austria, se declaraban impotentes contra el desorden que había cundido por todas partes. Y aun la misma Austria los había reducido á esa suerte de impotencia, de la cual se lamentaban, con no querer autorizar ninguna deliberación sería en tanto que no se reconstituyese según sus deseos el colegio de los príncipes, y que se le añadiese el número de votos católicos que ella reclamaba. Ahora, ya del todo vencida y únicamente atenta á los medios de su salvación, acababa de desvirtuar á la Dieta, haciéndola ver que era inútil contar con ella para la sanción de ningún acto eficaz. Quedaba, pues, destruido ese cuerpo y nulo, ó cuando más ceñido á recibir las comunicaciones que se le dirigían y acusar recibo de ellas, pero sin deliberar sobre ninguno de los puntos.

En vista de eso, todo el mundo recurrió á Munich demandando á MM. Otto, Berthier y Clarke la protección de la Francia; los príncipes soberanos, como los nobles inmediatos, expuestos á todo género de usurpaciones; las ciudades libres reducidas de seis á cinco por el don de Augsburgo á la Baviera; los príncipes eclesiásticos secularizados, cuyas dotaciones no se satisfacían. Indignados aquellos comisionados del emperador ante el espectáculo de opresión que á su vista se descorría, salieron desde luego formando un como congreso para conciliar todos los intereses é impedir que en adelante se perpetrasen actos tan inicuos, so color de que se tenía la protección de la Francia. Mr. Otto concibió un proyecto del arreglo que la Francia debería someter á los principales opresores, los soberanos de Baviera, Baden y Wurtemberg; pero inmediatamente reconoció que en aquel proyecto nada menos había que una nueva Constitución germana, con la particularidad además de que habiéndosele manifestado á los agentes del rey de Wurtemberg, estos agentes ponían el grito en el cielo, declarando que jamás pasaría su soberano por las concesiones que en aquel plan se proponían. Ese príncipe, á quien Napoleón acababa de coronar engrandeciendo sus Estados y duplicando sus prerrogativas soberanas, obraba entonces así, y del mismo modo que si la Francia le hubiera despojado de sus bienes, cuando no hacía sino pedirle que respetase la propiedad ajena, y tal cual miramiento de buena vecindad en favor de sus vecinos, no tan poderosos como él. No sabiendo ya Mr. Otto cómo salir de aquel laberinto, se resolvió á enviar á París demandas y demandantes, y hasta el plan de arreglo que había formado en obsequio de la justicia, determinación que ocurrió á fines de marzo.

Desde entonces oprimidos y opresores se prosternaron al pie del trono de Napoleón, pareciendo evidente que desde los germanos á los francos había pasado ya el cetro de Carlomagno. Así lo había dicho y escrito bajo todas las formas el príncipe archicanciller, último elector eclesiástico conservado por Napoleón y trasladado, como ya se dijo, desde Maguncia á Ratisbona. Ese príncipe, cuyo carácter tan veleidoso como amable queda descrito, con sus inclinaciones al fausto y su apego á buscar el amparo del poderoso, no cesaba de suplicar á Napoleón que empuñase el cetro de la Germania, y ciertamente nadie antes que él llegó á hacer que resonara en los oídos de Napoleón el tremendo nombre de Carlomagno. «Sois Carlomagno, le decía; sed, pues, el señor, el regulador, el salvador de la Alemania.» Si ese nombre que no era el que con más agrado oía el orgullo de Napoleón, porque veía en Alejandro y en César émulo más dignos de su pasmoso genio, pero que su ambición escuchaba con gusto por la relación que decía con sus planes sobre la Europa; si ese nombre, decimos, se veía á cada instante confundido con el suyo, no era hechura suya, no, sino de todos aquellos que recurrían á su poder protector. Cuando la Iglesia se le acercaba con alguna demanda, siempre le decía: «Sois Carlomagno, otorgadnos lo que él nos otorgó.» Cuando los príncipes alemanes sentían el peso de la opresión, venían diciéndole igualmente: «Sois Carlomagno, protegédnos como él nos habría protegido.»

Dado que hubiera habido en él una ambición lenta en sus deseos, todavía le habrían inspirado las ideas que sobre ese punto tenía concebidas; pero es que las necesidades de los pueblos y la ambición de aquel hombre iban á la par.

Los príncipes de la Alemania y la confederación germana, autoridad legal y reconocida por ellos, formaban en todas épocas sus alianzas particulares para defender tales prerrogativas ó intereses comunes entre varios de ellos. Pues todo cuanto quedaba de esas alianzas, todo se había dirigido á Napoleón, suplicando su intervención y auxilio en su calidad de autor y garante del acto de mediación de 1803, no menos que como firmante y ejecutor del tratado de Presburgo. Proponíanle los unos la formación de nuevas alianzas bajo su patrocinio, mientras que los otros pedían se formase una nueva confederación germana á la sombra de su cetro imperial. Los príncipes cuyos dominios se encontraban invadidos, los nobles inmediatos despojados de sus posesiones, las ciudades libres amenazadas con la pérdida de esa calidad; en fin, todo el mundo concurría con pretensiones diferentes sin duda, pero estando todos dispuestos, si se les dispensaba protección, á unirse bajo el plan que reuniese la mayoría.

El príncipe archicanciller, temeroso de que su electorado eclesiástico, el solo que se había salvado del naufragio, podría hundirse en aquella nueva tempestad, imaginó un plan para conservarle, plan que consistía en la formación de una nueva confederación germana, llamada á deliberar bajo su presidencia, y comprensiva de todos los Estados alemanes, exceptuando á la Prusia y el Austria. Dos medios encontró para interesar á Napoleón en semejante proyecto. Consistía el primero en la creación de un elector adjunto al ducado de Berg, que se sabía destinado á Murat, y el segundo en desig-

nar inmediatamente un coadjutor para el arzobispado de Ratisbona, cuyo coadjutor había de ser escogido entre los miembros de la familia imperial. Como ese coadjutor debiera ser arzobispo electo de Ratisbona y archicanciller futuro de la confederación, sin duda quedaba la nueva Dieta bajo la dependencia de Napoleón, y máxime cuando esa dignidad determinada para un Bonaparte tocaba por su estado eclesiástico al cardenal Fesch, arzobispo de Lyon y embajador cerca de la corte de Roma (1).

(1) Citaremos el curioso documento que con este motivo se le dirigió á Napoleón.

Ratisbona, 19 de abril de 1806.

Señor:

El genio de Napoleón no se ciñe á labrar la dicha de la Francia; antes la Providencia ha enviado el hombre superior para bien de todo el universo. La benemérita nación germana se lamenta en medio de los males de la anarquía política y religiosa; sed, señor, el regenerador de su constitución. Expondré aquí los votos que inspira el estado actual de las cosas. Que el duque de Cleves sea nombrado elector, otorgándole todo lo que riega el Rhin á la derecha; que el cardenal Fesch sea mi coadjutor; que las rentas asignadas según concesiones á doce Estados del imperio reciban una base nueva. V. M. I. y R. juzgará en su alta sabiduría si la realización de esas ideas puede ser ó no útil al bien general. Si respecto á este punto me hubiese alucinado algún error ideológico, mi conciencia me asegura la pureza de mis intenciones.

Señor, soy de V. M. I. y R., etc.

CARLOS, elector archicanciller.

La nación germana experimenta la necesidad de ver regenerada su constitución; la mayor parte de sus leyes no ofrecen sino voces vacías de sentido, desde que los tribunales, los círculos y la Dieta del imperio quedaron sin los elementos necesarios para sostener los derechos de propiedad y de seguridad individual, y por tanto las instituciones sin fuerza para proteger á los oprimidos contra los atentados del poder arbitrario y de la codicia. Semejante estado es anárquico; los pueblos tienen que aguardar las cargas del estado civil, y no gozar de sus ventajas las más esenciales: posición desastrosa para una nación digna de un esmerado aprecio por su lealtad, su industria y su energía nunca desmentida. La constitución germana no pudiera ser regenerada sino por un jefe del imperio, jefe de carácter y capaz de mantener el vigor de las leyes, concentrando en sus manos el poder ejecutivo. Los Estados del imperio no gozarán cumplidamente de sus dominios, sino en tanto que en la Dieta no se expongan y discutan los votos de los pueblos, y los tribunales no estén mejor organizados; en fin, mientras que la administración de la justicia no sea más regular y más eficaz. S. M. el emperador de Austria, Francisco II, sería un sujeto muy respetable por sus prendas personales; pero á pique está de caerse de las manos el cetro de la Alemania, teniendo ya contra sí la mayoría de la Dieta, habiendo quebrantado la capitulación con invadir la Baviera, introducido los rusos en Alemania y desmembrado parte de su imperio en pago de los desaciertos cometidos por las disputas particulares de su familia. *Ojalá llegase él á ser emperador del Oriente para resistir á los rusos, y que en Napoleón renaciese el imperio de Occidente tal como fué en tiempos de Carlomagno, compuesto de la Italia, de la Francia y de la Alemania!* No parece imposible que los desastres de la anarquía señalen la necesidad de semejante regeneración á la mayoría de los electores; por igual causa se pusieron ellos en manos de Rodolfo de Habsburgo después de las revueltas del grande interregno. El archicanciller no presume gran cosa de sus escasas luces; pero marcha por lo menos con una intención pura y confiado en el saber del emperador Napoleón, sobre todo con respecto á las causas que pudieran agitar el Mediodía de la Alemania, más particularmente adicta á ese monarca que ninguna de las demás. El elector archicanciller siempre ha suspirado por la regeneración de la constitución germana, y nada pide para sí mismo, nada aceptará tampoco. Cree, sí, que si S. M. el emperador Napoleón quisiese concurrir en persona á Maguncia ó á cualquiera otro punto, residiendo durante algunas semanas con los príncipes que le son adictos, no tardarían mucho en desarrollarse los gérmenes de la regeneración